

Estudio sobre la Epístola a Judas

La Epístola de Judas o los últimos días del cristianismo

Henri ROSSIER

biblicom.org

Una seria advertencia a todos los hijos de Dios

Queridos hermanos y hermanas,

La Epístola que tenemos ante nosotros, aunque muy breve, abarca un vasto período histórico: nos presenta la apostasía del cristianismo, desde los primeros elementos de maldad que se introdujeron en tiempo de los apóstoles, entre los cristianos, hasta el día en que el juicio definitivo caerá sobre el cristianismo. Esta Epístola nos muestra cómo la Iglesia, abandonando las verdades que Dios le había confiado, progresó hacia la impiedad que culminará en el rechazo del Padre y del Hijo. En aquel tiempo, aún por venir, las tinieblas morales sustituirán a la luz del Evangelio que aún hoy brilla en el mundo; sin embargo, vemos actuar, ya desde ahora, todos los elementos que caracterizan esta apostasía; y la Epístola de Judas nos informa sobre la actitud que todo cristiano debe adoptar hoy ante el mal y sobre el modo en que puede glorificar a Dios en estas tristes circunstancias. Porque no lo olvidemos: en tiempos de ruina, el cristiano puede glorificar a Dios tan plenamente como en los días más prósperos de la Iglesia primitiva.

Las circunstancias han cambiado, sin duda, pero Dios puede ser honrado por los suyos, honrado de un modo distinto, pero tan verdadero como cuando el Espíritu cayó sobre los discípulos en Pentecostés. Dios no nos pide hoy que reconstruyamos el estado de cosas arruinado por nuestra culpa, ni que nos comportemos en medio del cristianismo como si estuviera en orden, haciendo la vista gorda a su decadencia, sino que nos revela un camino que conduce en medio de las ruinas, un camino aprobado y conocido por él, que el ojo de águila nunca habría podido descubrir, pero que la fe aprende a discernir.

Obsérvese, en primer lugar, el modo general en que Judas caracteriza a los cristianos a quienes escribe: «Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo, a los que son llamados, amados en Dios Padre y guardados por Jesucristo» (v. 1). Las otras Epístolas se dirigen a ellos con palabras muy distintas; es verdad que se les llama dos veces «santos llamados», es decir, santos por vocación, pero nunca solo «llamados». Cuando Dios quiere adquirir un alma para sí, comienza por llamarla. Así lo hizo con Abrahán, el padre de los creyentes; y a los hijos de Dios no se les puede dar un carácter más general que este; los abarca a todos [1], pues todos son llamados, *sin excepción alguna*.

[1] Conviene notar que tenemos aquí un pequeño detalle de construcción, imperfectamente traducido. El acento se pone únicamente en la palabra «llamados». Las palabras «amados» y «conservados» son un mero añadido.

¿No hay aquí una intención evidente? Esta Epístola, que trata del tiempo presente, apela a *todos* los hijos de Dios, sin excluir a ninguno, sin distinción de conducta, de conocimiento, sin tener en cuenta lo que podría dividirlos. De ahí el término «llamados», tan amplio y a la vez tan individual. Cuando un apóstol se dirigía a una asamblea local, más de un cristiano que no formaba parte de ella podía (en esto, sin duda, muy poco inteligente) no considerarse obligado por todo el contenido de su Epístola; con Judas, tal pensamiento sería inexcusable. Cada miembro de la familia de Dios en este mundo debe decirse a sí mismo: El Señor me habla personalmente, individualmente.

Hay que señalar que dos cosas dan a estos «llamados» una certeza absoluta sobre su relación con Dios. Son «amados en Dios Padre y guardados por Jesucristo». Nunca debería haber, en la gran familia de Dios, *una sola alma* que dudara de su relación con el Padre y que no tuviera la certeza de su salvación. Que mediten estas palabras los que dudan. El amor del Padre por ustedes es tan perfecto como su amor por Jesucristo, su amado; por eso te dice: «Amado en Dios Padre». La seguridad suya es tan perfecta como la de Jesucristo; por eso os dice: «Guardados por Jesucristo». Si la salvación de los llamados dependiera de su fidelidad, ninguno de ellos llegaría al final de su carrera. No podemos preservarnos, como tampoco podemos salvarnos. Nuestra seguridad eterna está asegurada, no porque seamos fieles, sino porque el Dios de amor nos ve en Cristo ante él.

El saludo del apóstol es de gran importancia: «Misericordia, paz y amor os sean multiplicados» (v. 2). En las Epístolas a Timoteo, la palabra «misericordia» forma parte del saludo, pero ninguna epístola dirigida a un grupo de cristianos contiene esta palabra. Esto se debe a que la misericordia es algo necesario, no para un grupo, sino para cada creyente individualmente. Soy un pobre ser débil, con muchas carencias, expuesto a continuos peligros. Mi condición atrae la compasión divina, que acude en mi ayuda, me advierte y se interesa por cada detalle de mi progreso. Tal es el carácter de la misericordia. Pero aquí, una Epístola colectiva, dirigida sin distinción a todos los llamados, invoca la misericordia sobre ellos. ¿Cómo explicar esta anomalía? Por la razón muy seria de que, en tiempos de ruina, el testimonio cristiano adquiere un carácter cada vez más individual. Esto no significa, como a

veces oímos decir a creyentes desalentados por la rápida invasión del mal, que el testimonio cristiano no pueda tener ya el carácter colectivo de una reunión de los santos. Los que dicen esto están muy equivocados, y la misma Epístola de Judas es una prueba de ello.

Menciona a personas que se han colado entre los fieles, que son mancillas en sus fiestas; su sola presencia es, pues, prueba de que existe una reunión de los santos. Pero la enseñanza que recibimos aquí es que estamos obligados, ante el terrible estado moral de la cristiandad, a ser cada vez más fieles en nuestro testimonio individual, porque Dios lo tiene especialmente en cuenta. Sin duda, es un inmenso privilegio para el corazón de los cristianos inteligentes poder disfrutar juntos de la Mesa del Señor, signo por excelencia del testimonio colectivo, y de la proclamación de la unidad del Cuerpo de Cristo en una época en que está siendo pisoteada en la cristiandad profesa. No hace falta decir que ese testimonio es hoy extremadamente débil, comparado con lo que fue en el pasado y, sin embargo, Dios lo tiene en cuenta, porque todo lo que es más elevado en el cristianismo, *el culto*, está vinculado a la reunión de sus hijos, fuera del mundo. Pero lo que queremos decir es que, si bien nuestro testimonio corporativo puede empobrecerse hasta el punto de reducirse a la reunión de 2 o 3 en torno al Señor, el testimonio individual no debe sufrir en modo alguno tales impedimentos. Puede ser tan poderoso como cuando el Espíritu Santo llenó a los cristianos individuales en los primeros días de la Iglesia. El poder del Espíritu Santo en el individuo no está más limitado que entonces, si tenemos cuidado de no entristecer a este huésped divino en nuestro caminar, mientras que la mundanidad y la infidelidad de la Iglesia, y finalmente su ruina, necesariamente restringen la operación del Espíritu en la Asamblea.

Un testimonio individual fielmente mantenido en el tiempo presente, una santa separación del mal bajo todas sus formas, son tanto más necesarios cuanto que, dada la iniquidad reinante en la Iglesia, no podemos encontrar mucho apoyo y ayuda entre nuestros hermanos, pero el Señor permanece con nosotros y podemos confiar enteramente en él.

Aquí, muchos cristianos quizás me interrumpirán. Nos hablarán, dirán, del progreso del mal, del estado de ruina de la cristiandad, de su inminente juicio. Parece que apartan deliberadamente los ojos de todo el bien que se hace a su alrededor, de la actividad de nuestras iglesias, del considerable esfuerzo de caridad y solidaridad que caracteriza hoy al mundo cristiano, de las inmensas sumas de dinero que se emplean para hacer progresar el reino de Dios. Estoy lejos de negar todo lo que la fe produce en los hijos de Dios, pero quisiera responder a quienes razonan de este modo: Dios

no considera el estado de la cristiandad como ustedes lo hacen, o como lo hace el mundo. Él juzga el estado de los hombres según la manera en que se comportan con su Hijo y con las Escrituras que lo revelan, y no serían sinceros si intentaran negar que el medio profeso del que forman parte avanza rápidamente hacia el abandono de la Palabra y la negación del Hijo de Dios.

Este carácter del juicio de Dios se afirma desde el principio hasta el final de la Escritura. Es el estado moral del mundo en relación con Dios, no su progreso material o su estima por sus méritos y devoción, lo que nos da la medida del juicio de Dios. La apostasía completa consiste en la negación del Padre y del Hijo, y así lo ponen de manifiesto, entre otras, la Epístola de Judas, la Segunda Epístola de Pedro y la Primera Epístola de Juan. Satanás tiene 1.000 maneras de apartar a los hombres de Dios, y no es la menor de sus trampas cegarlos alimentando su orgullo y ocupándolos con sus progresos.

«Misericordia, paz y amor os sean multiplicados» (v. 2). Queridos hermanos y hermanas, esto es lo que el autor desea para todos nosotros. No habla aquí de la paz con Dios y de su amor, a los que ya no hay nada que añadir, sino que quiere que los realicemos en la práctica. Conoce las dificultades de los cristianos en estos últimos tiempos, en los que el mundo se caracteriza, por una parte, por una agitación perpetua y, por otra, por el enfriamiento de todos los afectos legítimos y por un egoísmo que prima sobre cualquier otra consideración. «Misericordia, paz y amor os sean multiplicados». Creo, queridos amigos que, si en estos días los «llamados» del Señor recibieran en sus corazones lo que el Espíritu de Dios desea para ellos aquí, todos serían buenos testigos de Jesucristo. El enemigo trata por todos los medios de enfriar el amor que es el vínculo entre los hijos de Dios. No debe conseguirlo. Nunca nos resulta difícil ver el mal, señalarlo, detallarlo en los demás; pero ¿es descubrir el mal un remedio? No, es el amor el que lo cura, el que levanta y endereza a nuestros hermanos en su conducta. La gracia gana el corazón; la severidad puede reprimir el mal, pero nunca ha ganado a nadie. Si esto es verdad para nuestros hermanos y hermanas, también lo es para el Evangelio anunciado al mundo. La gracia atrae, llega a la conciencia, produce arrepentimiento, conduce a Cristo, y si es necesario decir al hombre la verdad, hacerle comprender su estado de alejamiento de Dios, sigue siendo la gracia la que expone este estado para remediarlo, pues la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. En un tiempo en que el amor de muchos se ha enfriado y prevalece la iniquidad, ¿no necesitamos todos que se nos multiplique el amor?

El autor aborda ahora el tema mismo de su Epístola. ¿No les llama la atención la

seriedad del comienzo? «Amados, teniendo mucho empeño en escribiros acerca de nuestra común salvación, me veo en la necesidad de escribiros con el fin de exhortaros a que luchéis por la fe que una vez fue enseñada a los santos» (v. 3). Su primer pensamiento había sido tomar la pluma, lleno como estaba del gran deseo de presentarles un tema que será siempre la alegría de los redimidos: «nuestra común salvación». Antes que cualquier otra cosa, hubiera querido que los creyentes gozaran, en comunión unos con otros, de las maravillas de la obra del Salvador... Pero la pluma se le cayó de la mano. ¿Qué había sucedido? Han surgido peligros, ¡y estos pobres cristianos tal vez no tengan ni idea! Debemos advertirlos con urgencia, para que no se duerman en una peligrosa inacción. Así que el autor abandona su intención original y vuelve a tomar la pluma para exhortarlos a luchar por la fe.

Queridos amigos, esta exhortación es aún más actual hoy que en el pasado. Se ha declarado la guerra, el enemigo está en el campo de batalla[2] los peligros nos amenazan por todas partes; nos tienden trampas; la falsedad nos rodea. Tal vez las ovejas del Señor no estén en guardia contra esos extraños que se les acercan con bellos discursos y palabras lisonjeras tratando de socavar los cimientos de su fe. Quizá sus corazones no son lo bastante sencillos para escuchar solo la voz del buen Pastor. El autor ha decidido escribimos. Quiere que despertemos, que nos levantemos, que luchemos contra el poder del mal que nos rodea. ¿Cuál es la bandera que estamos llamados a enarbolar? «La fe que una vez fue enseñada a los santos».

[2] Escrito alrededor de 1914

Encontramos en una serie de pasajes que sería demasiado largo enumerar, que «fe» aquí no es el don de Dios, puesto en nuestro corazón y que lo hace capaz de captar la salvación: “Fe es el conjunto de la doctrina cristiana enseñada a los santos y que su fe captó”. Ahora bien, el carácter del mal en los últimos días es el abandono de esa doctrina. Nótese estas palabras una vez. Esta enseñanza fue una vez; es inmutable y no ha sido cambiada. Cuando Judas escribió, habló de esta enseñanza como perteneciente al pasado; era lo que los primeros cristianos habían aprendido a través de la palabra de los apóstoles. Ahora tenemos esta enseñanza en la Palabra. Dios se encargó, sobre la marcha, de depositarla para nosotros en las Sagradas Escrituras, y no existe en ninguna otra parte.

Cuánto quisiera convenceros, amados, de que la gran tarea que hoy nos incumbe es sostener con mano firme la bandera que se nos ha confiado, y en torno a la cual deben reunirse todos los «llamados» sin excepción, una bandera en la que están

escritos 2 nombres que son uno: ¡la Palabra de Dios y el Señor Jesucristo!

Cuando nos encontramos luchando contra el mal moral que crece a cada instante en el mundo, extendiendo por doquier la irreligión y la incredulidad y, peligro aún mayor, apelando a la razón para derribar la verdad, no pensemos que necesitamos entrar en muchas polémicas. Somos demasiado inadecuados para esta tarea, y estoy convencido de que, en nuestro debilitado estado, ya ni siquiera somos capaces de ello. En la época de la Reforma e incluso en el siglo 19, la controversia, sin oponentes convincentes, podía fortalecer las almas de los cristianos frente al enemigo. Dadas nuestras limitadas fuerzas, nuestra función hoy consiste más bien en no dejarnos desviar de las cosas que antaño fueron enseñadas a los santos, y aferrarnos a ellas con firmeza. Esta fue la lucha de Filadelfia: «Retén firme lo que tienes», le dijo el Santo y Verdadero ([Apoc. 3:11](#)). No penséis que esto requiere muchos conocimientos e inteligencia; solo se necesita una cosa muy sencilla, amor a Cristo, y el más ignorante de nosotros puede poseerlo. Si el Señor ocupa el lugar que le corresponde en nuestros corazones, seguramente ganaremos la victoria, pues Satanás es impotente contra él, y mantendremos la fe enseñada a los santos, pues no tiene otro objeto que Él.

Podemos ver en esta Epístola que en el momento en que el autor estaba escribiendo, la división, ya a la obra moralmente en la Iglesia, no era todavía un hecho consumado. No tuvo lugar hasta después de la muerte del último apóstol, pero Judas prevé y predice lo que está por venir, y apela, como hemos visto, a toda la familia de Dios, en su sentido más simple y amplio, para que ningún cristiano pueda eludir su deber cuando se trata de repeler los ataques a la fe. Hay que tener en cuenta que el estado de los cristianos a los que escribía el autor distaba mucho de ser el que debería haber sido. Les decía: «Os quiero recordar, *aunque lo sepáis todo*». Estaban a punto de olvidar aquellas cosas, antes bien conocidas, que les habían sido enseñadas al principio. Habían recibido la unción del Espíritu Santo, por la que conocían todas estas cosas, pero su fe se había debilitado, sus pensamientos se habían desviado hacia el lado mundano, y Judas sintió la necesidad de recordarles lo que se refería a la escena a la que miraban con avaricia. Del mismo modo, el apóstol Pedro, en su Segunda Epístola, sintió la necesidad de despertar a los cristianos dormidos recordándoles estas cosas ([2 Pe. 1:13](#)). Y nosotros, creyentes de hoy, ¿pensamos que no es hora de recordar estas cosas? ¿Hemos despertado ya de nuestro sueño? Hace tiempo que sonó la trompeta de la batalla. ¿Esperamos a reunirnos en torno a la bandera hasta que el enemigo nos haya sorprendido indefensos y nos haya derrotado, para vergüenza del glorioso líder que nos dirige? Oh, que penetren en nuestros oídos estas

palabras del apóstol: «Despiértate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo» (Efe. 5:14).

La segunda parte de la Epístola de Judas (v. 5-16), nos describe el mal que caracteriza los últimos días. Tengo la fuerte sensación, queridos hermanos y hermanas, de que el tema con el que he venido a trataros no es ni agradable ni edificante, pero hay ocasiones en las que Dios nos pone al borde de un precipicio y nos insta a asomarnos a él. Esta mirada es muy saludable cuando, como Lot, hemos sido seducidos por la hermosa apariencia de la llanura del Jordán. Recordemos simplemente que, si hemos de resistir al mal, nada nos hace más capaces de ello que ocuparnos del bien. Si pensamos en ello, veremos que «toda la armadura de Dios» (Efe. 6), para resistir al día malo, consiste, sobre todo, en un buen estado de nuestra alma, y que la victoria depende enteramente de esto. Las meras palabras no ganan la victoria, sino una vida consagrada a Cristo y gastada en su comunión.

«Porque han entrado con disimulo ciertos hombres, los cuales desde hace tiempo estaban destinados para este juicio, impíos que convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje, y niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo» (v. 4). Estos hombres se habían deslizado entre los fieles, introduciendo «furtivamente herejías destructoras» (2 Pe. 2:1). Pero la Palabra nos dice acerca de ellos que, en la antigüedad, en tiempos muy pasados, estos hombres, que habían llegado tanto tiempo después, habían sido «destinados para este juicio». Esto no significa que Dios los había predestinado para el juicio eterno, grave error que formaba parte de la doctrina de Calvino. Este pasaje significa que Dios había hablado de antemano sobre estos malvados del fin y había proclamado desde antiguo el objeto de la acusación (*Krima*) que pesaría sobre ellos, y a consecuencia de la cual serían condenados. La primera vez que un profeta (Enoc) fue levantado en el mundo, anunció que una acusación sería presentada contra los malvados de nuestros días, y que un terrible juicio seguiría sobre ellos. Oh, que sus ojos se abran a tiempo para conocer el destino que les amenaza, y para conocer el aborrecimiento de Dios por sus doctrinas, probado por el hecho de que condenó los principios que hoy se enseñan desde el principio del mundo, antes del diluvio.

Estos hombres son «impíos que convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje, y niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo». Aquí se marcan 2 características del mal, para que podamos reconocerlas fácilmente. Estos impíos de los que habla el autor son los hombres de nuestros días que no han nacido bajo la Ley, sino bajo la gracia. ¿Qué hacen con ella? La desprecian, hacen caso omiso de las obligaciones morales que les impone y se aprovechan de ella para entregarse a una

corrupción desenfrenada.

La segunda característica de los impíos es que «niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo». Este término se utiliza muchas veces en esta Epístola. La Palabra no dice aquí que los impíos nieguen la persona de Cristo, sino que lo niegan como nuestro único Señor y Maestro. No aceptan su autoridad, y esto es lo que caracterizaba al cristianismo antes del desarrollo final de la apostasía. Estos hombres solo buscan autoridad en sí mismos y en lo que llaman su conciencia. Esta es la «iniquidad» de la que habla [1 Juan 4:3](#), la voluntad propia o la negación de cualquier ley fuera de uno mismo, siendo cada uno una ley para sí mismo. Los derechos de Cristo son así pisoteados; su Palabra no es una regla; cada uno es libre de juzgarla, de tomar de ella lo que le conviene, de rechazar lo que no le conviene. No olvidemos que estos «impíos» profesan a menudo la mayor admiración y el más profundo respeto por la persona de Jesús, mientras rechazan el señorío de Cristo. Ante la Palabra que lo revela, se reservan el derecho y la autoridad de juzgar, que solo corresponde a Dios. Su religión es, pues, la exaltación del hombre, y lo será cada vez más, hasta el día en que «el hombre de pecado» «se sienta en el templo de Dios, presentándose él mismo como Dios» ([2 Tes. 2:3, 4](#)).

Después de mostrar las 2 características de los «impíos», el abandono de la gracia y el rechazo de la autoridad del Señor, el autor pasa al juicio del mal, pero antes establece que, por parte de Dios, al hombre no le ha faltado ningún recurso. La historia del pueblo de Israel así lo atestigua; Dios los había liberado de la tierra de Egipto mediante la redención; ¿por qué entonces este pueblo fue destruido en el desierto? Fue porque no habían creído; la falta de fe estaba en la raíz de su juicio, pues no hay verdadera bendición que no dependa de la fe.

Como en el caso de Israel, la incredulidad de la cristiandad profesa constituye la base de su juicio; pero, sobre todo, el autor quiere caracterizar la apostasía, consecuencia de esta incredulidad, y los juicios que la afectan. Dios, dice: «A los ángeles *que no guardaron sus orígenes*, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo tinieblas en prisiones eternas, para el juicio del gran día» (v. 6). En cualquiera de sus formas, abandonar nuestro origen es apostasía. El autor se refiere a los misteriosos acontecimientos registrados en el Génesis, que la Palabra deja en la oscuridad, como los ángeles caídos que los provocaron. No nos corresponde a nosotros levantar ese velo, pero lo que sí sabemos es que el juicio del gran día alcanzará a esos espíritus corruptos, del mismo modo que el castigo del fuego eterno ya alcanzó a las ciudades profanas de Sodoma y Gomorra, que habían actuado «de la misma manera que estos» (v. 7). Encontramos aquí 2 tipos de juicio, uno futuro y otro in-

mediato y definitivo, uno bajo las tinieblas, encadenado, para esperar la sentencia del tribunal divino, el otro real por el fuego, que es un fuego eterno.

Judas se refiere ahora a los impíos que vivieron en su tiempo y cuyo carácter se irá acentuando hasta el juicio final. «Sin embargo, de la misma manera también estos soñadores ensucian la carne, desprecian a las potestades y blasfeman las glorias celestiales» (v. 8). Él los llama soñadores, personas que se dejan llevar, no por la verdad, sino por una imaginación que no conoce reglas. En cuanto el hombre abandona la Palabra de Dios, no tiene razón para no entregarse a la sinrazón y a las fábulas [3]. Estos soñadores tienen 2 características ya mencionadas en el versículo 4: mancillan la carne, desprecian el señorío y ultrajan las dignidades. Despreciar el señorío de Cristo tiene como consecuencia fatal una actitud insultante hacia las dignidades, mientras que el cristiano, reconociendo la autoridad del Señor, no tiene dificultad en someterse al dominio de los instituidos por Él. Si estos hombres fuesen magistrados sin moral o tiranos sanguinarios, el creyente se sometería a ellos, excepto en asuntos en los que la obediencia a Dios tiene prioridad sobre la debida a los hombres. Ni siquiera el arcángel Miguel (v. 9) se atrevió a pronunciar un juicio insultante contra Satanás, que intentaba apoderarse del cuerpo de Moisés, sin duda para seducir de nuevo al pueblo a la idolatría.

[3] ¿No es sorprendente ver que, en esta breve Epístola, Dios opone a los ensueños de los hombres varias *revelaciones*, que no se mencionan en ninguna otra parte, como para mostrar que solo tiene valor lo que entra en el marco de las Escrituras?

«Pero estos –añade Judas– blasfeman de lo que no conocen; y en lo que naturalmente conocen como animales irracionales, en eso se corrompen» (v. 10). La palabra «estos» ocupa un lugar muy importante en esta breve Epístola. Caracteriza a los hombres que se levantan contra Dios en los días de Judas, y a través de nuestros días, hasta el tiempo de la venida del Señor en juicio. Estos hombres existen hoy en día. Pedro, en su Segunda Epístola, los describe de la misma manera: «Estos, como bestias irracionales, nacidos para ser apresados y destruidos, hablan mal de lo que no entienden, y perecerán en su misma corrupción» (2:12). ¡En qué términos despectivos no trata el Espíritu de Dios a aquellos cuyo orgullo se atreve a levantarse contra Dios, que se jactan de su inteligencia y se rebajan al nivel de las bestias sin razón, porque suponen, los necios, que el hombre que prescinde de Dios puede ser inteligente!

Judas añade: «¡Ay de ellos!», porque por una parte provocan el desprecio de Dios, y por otra atraen su juicio. El Señor pronunció el ay sobre los habitantes de Jerusalén y sobre las ciudades de Galilea; todos los profetas del Antiguo Testamento pronunciaron el ay sobre el pueblo judío y sobre las naciones; pero aquí, como en el Apocalipsis (8:13), el ay se pronuncia sobre la cristiandad, un ay más terrible que todos los de antaño, a causa de los privilegios superiores concedidos a las naciones cristianas.

Queridos amigos, ¿creen esto? ¿Han sentido el ay que se cierne sobre este mundo cristianizado en medio del cual están llamados a vivir?

«¡Ay de ellos! Porque anduvieron en el camino de Caín, se lanzaron en el error de Balaam por una recompensa, y perecieron en la rebelión de Coré» (v. 11). Encontramos en este versículo 3 ejemplos que describen el progreso del mal, desde sus comienzos hasta la apostasía, 3 pasos que conducen al hombre a la rebelión final contra Dios y contra Cristo.

El primer caso es el de *Caín*. La religión de Caín no admite que la maldición de Dios caiga sobre el hombre y el mundo a causa del pecado. Caín se presenta ante Dios con la idea ilusoria de que un pecador puede, por sí mismo, llegar a un acuerdo con Él; por eso trae su mejor trigo, el fruto de su trabajo y de sus esfuerzos, como sacrificio a Dios. Esta religión *natural*, principio de la apostasía, no difiere de la de los hombres de hoy, pues es de «estos» de quienes habla Judas cuando dice que: «Anduvieron en el camino de Caín». Su religión consiste en quedar bien con Dios por sus obras. Haciendo caso omiso de su Palabra formal, alejan de la conciencia el pensamiento de un juicio inevitable. Pero el ejemplo de Caín tiene aún otro significado. El fiel testimonio de Abel sobre la justificación por la fe se convierte en la ocasión para que Caín odie a su hermano, una imagen también del odio del mundo contra los creyentes, una imagen también del odio del pueblo judío contra Cristo. Este odio contra lo que ha nacido de Dios es particularmente característico del final de los tiempos en todo el Apocalipsis.

Si Caín representa el estado de todo el mundo religioso, el caso de *Balaam* tiene un alcance más limitado. Es, si se me permite decirlo, el mal *eclesiástico*. Ya saben lo que era Balaam: un profeta, no un falso profeta, pues había recibido sus dones de Dios, pero los combinaba con prácticas idólatras: iba «en busca de agüero» (Núm. 24:1). El que conocía la mente de Dios enseñaba errores, a sabiendas y voluntariamente, ¿y con qué fin? ¡Por una recompensa! Le estaban pagando por ello; estaba recibiendo una recompensa por su enseñanza, que pretendía destruir al pueblo de

Dios. A Balaam no le importaba que Satanás tuviera algo que ver, con tal de ganar dinero con ello. Amaba «el sueldo de la injusticia», dice Pedro. El Apocalipsis revela un segundo carácter de Balaam, un desarrollo necesario del primero. Nos habla de «la doctrina de Balaam, que enseñó a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, incitándolos a comer de lo sacrificado a los ídolos, y a cometer fornicación» (2:14). Nos dice lo que el libro de Números no menciona, que Balaam, viendo que se le escapaba su recompensa, aconsejó a Balac que sedujera a Israel por medio de las hijas de Moab para que se inclinaran ante Baal-peor (Núm. 25:1-4).

Qué triste es, queridos amigos, que enseñar el error por recompensa sea uno de los sellos distintivos de la apostasía y pertenezca a la cristiandad actual. Vemos subir al púlpito a hombres que niegan las verdades más importantes de la fe, y enseñan el error escondiéndolo bajo palabras diseñadas para engañar a los sencillos acerca del veneno que contienen. Este error no es algo futuro, pues ya comenzaba a manifestarse en los días de Judas. Existe hoy, y la Palabra de Dios pronuncia la desgracia sobre los que lo propagan.

Encontramos, en el caso de *Coré*, un último paso en el mal: «Pecieron en la rebelión de Coré». Coré era un levita cuya ambición era usurpar la dignidad de Aarón en el sacerdocio soberano. Quería dominar al pueblo de Dios apoderándose de un oficio atribuido en su tiempo al hermano de Moisés, y conferido ahora a Cristo. También se lee en el libro de los Números que estaba asociado con Datán y Abiram, rubenitas, que se levantaron contra Moisés y se negaron rotundamente a obedecerle. Moisés fue en su tiempo el verdadero rey en Israel (Deut. 33:5). Hoy, ese verdadero rey es Cristo, a quien Dios ha confiado la autoridad. Coré, Datán y Abiram se niegan a obedecerle. Este es el tipo de la rebelión abierta contra Cristo, el último carácter, en parte todavía futuro, de la apostasía. Se acerca el día en que la cristiandad ya no lo querrá como sacerdote, Rey o Dios. Negará al Padre y al Hijo. Este último carácter, la apostasía de Coré, es el peor de todos. Podemos ver, por los juicios que caen sobre estos diversos personajes, cómo aprecia Dios sus actos. Caín, maldecido por Dios, es vagabundo y errante por la tierra; Balaam cae por la espada de Israel, con los reyes de Madián; la tierra se traga a Coré y a sus acólitos, y descienden vivos al sepulcro, precursores de su último representante, el Anticristo, que correrá la misma suerte en el lago de fuego.

Tal es, queridos hermanos y hermanas, el desarrollo de los principios del mal. Es necesario que todos nos demos cuenta de lo que es el mundo en relación con Dios y del destino que le espera, y si esto es así, su futuro nos llenará de una profunda piedad por él y, como veremos al final de esta Epístola, de un celo ardiente por

salvar a las almas que forman parte de él. Pero, por otra parte, no podemos buscar su amistad en un momento en que el juicio pende sobre su cabeza. Moisés dijo al pueblo en el momento de la revuelta de Coré: «Apartaos de en derredor de la tienda de Coré, Datán y Abiram» (Núm. 16:24). ¿Habría sido un israelita obediente a la Palabra de Jehová, si hubiera ido a darles la mano y declararse su amigo? ¿No habría corrido más bien el peligro de compartir su suerte?

«Estos son escollos en vuestros ágapes, festejan y se apacientan a sí mismos sin temor; nubes sin agua, empujadas por los vientos; árboles otoñales sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; impetuosas olas del mar, que arrojan la espuma de sus infamias; estrellas errantes, a las que han sido reservadas la oscuridad de las tinieblas para siempre» (v. 12-13).

Todos estos ejemplos del fin, así como las palabras que salieron de la boca del profeta Enoc, se refieren a «estos», es decir, a los hombres de los últimos tiempos, y estos tiempos son, para nosotros, aquellos en los que vivimos. Judas añade a su cuadro un rasgo general que reconoceréis en el mundo de hoy: *la ansiedad continua y la inquietud incesante*. Son –dice– nubes sin agua, agitadas por los vientos, olas impetuosas del mar. Isaías expresa el mismo pensamiento: «Pero los impíos son como el mar en tempestad, *que no puede estarse quieto*, y sus aguas arrojan cieno y lodo» (57:20). Si, por casualidad, parecen echar raíces, son árboles... «dos veces muertos, desarraigados». Sí, el mundo actual está en perpetuo movimiento, y su ritmo se acelera sin cesar. Al igual que sus ferrocarriles, automóviles, etc., se precipitan hacia el abismo, temeroso, al parecer, de permitirse un solo momento de reflexión en esta vertiginosa carrera, de preguntarse hacia dónde va y de plantearse seriamente su futuro. ¡Ay! Como las estrellas errantes, desaparecerá en las tinieblas eternas. Solo el cristiano tiene descanso en este mundo, porque su descanso está en Cristo. Su corazón y su conciencia están edificados sobre la roca de los siglos, el fundamento eterno de la fe.

Enoc, el séptimo hombre desde Adán, profetizó de «estos», los hombres de la economía actual. «He aquí, –dijo– que vino el Señor con sus santas miríadas, para hacer juicio contra todos, y convencer a todos los impíos de todas las obras impías que impiamente hicieron, y de todas las palabras duras que los impíos pecadores hablaron contra él» (v. 14-15). Enoc profetizó antes del diluvio. Obviamente, su ojo profético vio el juicio que, unos siglos más tarde, caería sobre el mundo a través del diluvio, pero él miró mucho más allá en el futuro. Su profecía, que abarca miles de años, llega hasta nuestros días, pues nos habla de la venida de Cristo en juicio con sus santas miríadas. Enoc no esperaba el diluvio, por el que no pasó, sino al Señor.

Así se cumplió su esperanza; fue arrebatado sin pasar por la muerte, y será traído de vuelta con Cristo, cuando venga, acompañado de sus ejércitos, para ejecutar su venganza sobre los hombres impíos de nuestros días.

Habiendo dado un cuadro de los impíos en su relación con Dios, el apóstol pasa a considerar su *carácter moral*. Este examen es de la mayor importancia, porque sucede todos los días, cuando hablamos de la terrible condición de los impíos, que personas bien intencionadas nos responden: “Sin duda es penoso que tengan pensamientos diferentes de los nuestros en estos asuntos, pero son personas honorables, devotas, irreprochables en su conducta, etc.” ¿Habla así de ellos la Palabra? Escuchemos lo que dice de ellos: «*Estos* son murmuradores querellosos, que andan en sus malos deseos, cuya boca profiere palabras arrogantes, halagando a las personas por interés» (v. 16). «Que andan en sus malos deseos»: ¿no es esto, en efecto, lo que caracteriza hoy cada vez más al mundo que vive sin Dios? Un velo de descontento y de amarga tristeza se extiende por todas partes sobre el ánimo de los hombres; tratan de quitárselo con febril agitación, pero sin éxito. ¿Hubo alguna vez un hombre feliz en el mundo? Pero más que eso, el pensamiento de que otros han logrado lo que desean provoca celos en sus corazones: se quejan de su propia suerte. Judas añade que andan «en sus malos deseos, cuya boca profiere palabras arrogantes». La jactancia, la autosatisfacción, la pretensión de virtud, van de la mano con la persecución oculta de los deseos secretos de sus corazones. Por último, «halagando a las personas por interés» ¿No es esta la costumbre del mundo? Se profesa admiración a los demás, les decimos cosas agradables, por el provecho que nos reporta la adulación.

Acabamos de seguir hasta el final esta triste enumeración de los elementos del mal, ya ampliamente desarrollados en nuestros días, pero que están en vísperas de precipitar su curso de manera irresistible. La apostasía es como las avalanchas que vemos formarse en las montañas. Al principio no son más que algunos fragmentos de hielo rodando por una ladera nevada. Estos fragmentos arrastran a otros y, de repente, con una velocidad vertiginosa, este torrente compacto se precipita aplastando todo a su paso, hasta que ha llenado el valle con sus escombros. Este cataclismo moral del fin puede esperarse en el mundo de hoy en cualquier momento.

Acabamos de ver el estado actual de la cristiandad y el juicio que traerá sobre sí misma. Ahora Judas se dirige a *los fieles*, a todos vosotros, amados, llamados por Jesucristo, para exhortaros: «Pero vosotros, amados, recordad las palabras que han sido dichas antes por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo» (v. 17). Esta palabra «pero vosotros» es la contrapartida de la palabra «estos». Es a vosotros, hijos de

Dios, a quienes el Espíritu Santo enseña lo que tenéis que hacer y cuál es vuestra salvaguardia ante el mal creciente. Él os remite a la Palabra de Dios, tal como os fue transmitida en el Nuevo Testamento por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. La Segunda Epístola de Pedro, que contiene la misma exhortación, añade al Nuevo Testamento el contenido del Antiguo: «Para que recordéis las palabras dichas antes por los santos profetas, y el mandamiento del Señor y Salvador enseñado por vuestros apóstoles» (3:2).

Del mismo modo, el versículo 18 de nuestra Epístola: «Que os decían: Al final del tiempo habrá burladores, andando según sus propios deseos de cosas impías» corresponde a [2 Pedro 3:3](#): «En los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias». Tenemos que recordar que al «final del tiempo», o «en los últimos días», vendrán *burladores*. Su aparición actual nos demuestra que ciertamente hemos llegado a los últimos días. Por una parte, nos alivia pensar que dentro de muy poco tiempo todo este mal habrá terminado y seremos llevados a la gloria de nuestro Señor Jesucristo; pero, por otra parte, el hecho de esta última forma de mal es gravísimo y debe ponernos a todos en guardia.

El capítulo 3 de la Segunda Epístola de Pedro da una descripción detallada de estos burladores: «Andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todo permanece como desde el principio de la creación» (v. 3-4). No se trata, como podría pensarse, de personas que se burlan de todo y ridiculizan las cosas divinas; ese tipo de cosas estaban de moda hace siglo y medio más o menos. Los burladores de los últimos días son *burladores serios* que rechazan la Palabra de Dios en nombre de la ciencia y la razón, y creen solo en lo que pueden ver. Creen en la eternidad de la materia, ya que no ha cambiado «desde el principio de la creación». Aunque a veces profesan una gran estima por la persona de Jesucristo como auténtica figura histórica, para ellos su carrera terminó con la muerte. Por tanto, rechazan la promesa de su venida.

Son hombres «son los que causan divisiones, hombres naturales, que no tienen el Espíritu» (v. 19). Cuando Judas escribía, la Asamblea cristiana seguía en pie en su conjunto, y en ella había *personas que se separaban*. Recuerden, queridos amigos, que hay 2 clases de separación, una aprobada por Dios, la otra condenada por él. La primera es la separación del mundo, como está escrito: «Salid de en medio de ellos y separaos!, dice el Señor, y ¡no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré!, y seré vuestro padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso» ([2 Cor. 6:17-18](#)). La otra es la separación de estos «hombres naturales, que no tienen

el Espíritu», de entre los cristianos. Se habían infiltrado en medio de los fieles, sin formar parte de ellos, y habían formado entre ellos «herejías destructoras» (2 Pe. 2:1), participando en sus fiestas y corrompiendo el ambiente en el que se habían introducido, y que nunca debería haberlos recibido. La Primera Epístola de Juan nos muestra una segunda fase en la separación de estos hombres: «Salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros; porque si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros» (1 Juan 2:19). El deber de cada cristiano en el día presente es estar separado de ellos –no admitirlos en la Asamblea de creyentes, y no unirse a ellos en el terreno que ocupan. ¡Es esto así? ¡Ay!, la influencia deletérea de «hombres naturales, que no tienen el Espíritu», es tolerada y aceptada hoy en medio de la profesión cristiana.

Después de habernos advertido, la Palabra de Dios nos exhorta y enumera nuestros recursos ante esta situación. Aquí encontramos de nuevo la preciosa verdad, de la cual ya hemos hablado, de que Dios puede ser perfectamente glorificado por los suyos en medio de una cristiandad arruinada. «Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo...» (v. 20). La primera exhortación es a edificarnos en nuestra santísima fe, la fe que «una vez fue enseñada a los santos» (v. 3). Es evidente, como hemos dicho, que no podemos edificarnos sobre el pobre fundamento de lo que hay en nuestro corazón, mientras que esta fe, la doctrina cristiana, contenida en *la Palabra* que nos ha sido confiada, es santísima, porque el Señor quiere por este medio separarnos enteramente del mundo, por amor a Él. «Santifícalos en la verdad», dice Jesús; «tu Palabra es verdad» (Juan 17:17). Este es nuestro primer recurso para glorificar al Señor.

La segunda exhortación es: «Orando por el Espíritu Santo». Si Dios nos santifica para él mediante las Sagradas Escrituras, también lo hace mediante *la oración*. Esta última expresa nuestra dependencia de Dios. A través de la oración, nos acercamos a él y le presentamos nuestras necesidades. De esta manera, entramos en una relación directa con él en nuestra vida diaria, pero para ser eficaz, la oración solo puede tener lugar a través del Espíritu Santo. Así somos santificados, separados para Dios, primero por la Palabra, después por el ejercicio habitual de la oración.

La tercera exhortación es de suma importancia: «Conservaos en el amor de Dios». El Espíritu Santo ha derramado este *amor* en nuestros corazones, y debemos permanecer en él, cuidando de no dejar introducirse lo más mínimo en nuestras almas que perturbe nuestro gozo.

La cuarta exhortación es: «Esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo,

para vida eterna» (v. 21). Esta es la *esperanza* cristiana. Todo este pasaje contiene los 3 rasgos característicos del hijo de Dios, tantas veces mencionados en el Nuevo Testamento: fe, amor y esperanza. La esperanza es tan importante como las otras dos; espera la vida eterna, a la que solo puede conducirnos la misericordia de nuestro Señor Jesucristo. La vida eterna no es aquí, como en los escritos de Juan, la cosa que el cristiano posee, sino la cosa en la que entrará, mientras la disfruta solo imperfectamente aquí. –Nótese que, en estos 2 versículos, nuestros recursos consisten en nuestra relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Pero, como cristianos, seguimos teniendo *obligaciones* para con los que discuten, y también para con nuestros hermanos: «A los que contienden, reprended; salvad a otros, arrancándolos del fuego; de otros tened compasión con temor, aborreciendo hasta la ropa contaminada por la carne» (v. 22-23). En cuanto a los burladores que discuten, igual que Satanás, su amo, discutió una vez con el arcángel Miguel, nosotros tenemos, como Miguel, que reprenderles, diciéndoles: ¡Que el Señor os censure! Ya no es necesario tratar de persuadirlos. Estos son los tiempos de los que se dice: «El que es injusto, que sea injusto aún; y el que es inmundo, que sea inmundo aún» (Apoc. 22:11).

Pero las almas de nuestros hermanos y hermanas pueden dejarse seducir por estos razonadores y sus falsas doctrinas, que atacan la Palabra de Dios y la persona del Salvador. ¿Qué podemos hacer por ellos? Salvarlos con temor, arrebatándolos del fuego. Un cristiano comparó la Epístola de Judas con una casa en llamas. Debemos sacar a los habitantes a toda costa, arriesgando nuestras propias vidas; ningún esfuerzo debe costarnos a nosotros, que conocemos el precio de estas almas. Deben darse cuenta del peligro inminente en que se encuentran. Salvémosles con temor. Este es nuestro principal propósito al dirigir a los cristianos la seria advertencia contenida en estas páginas.

Por nuestra parte, si queremos ser útiles a los demás, aprendamos a aborrecer «hasta la ropa contaminada por la carne», a evitar toda comunicación con una profesión impura (el vestido es el emblema de la profesión) de la que habla esta Epístola y a la que llama la contaminación de la carne (comp. Apoc. 3:4). Así, en la Segunda Epístola a los Corintios, después de hablar de nuestra obligación como familia de Dios de estar separados del mundo, Pablo añade, a propósito de nuestro testimonio individual: «Purifiquémonos de toda impureza de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (7:1).

Que Dios capacite a todos sus queridos hijos para lograr estas cosas, y que cada

uno de ellos se pregunte a sí mismo: “¿Poseo los caracteres, recomendados por esta Epístola, en vista del tiempo presente?” Si no podemos responder afirmativamente a esta pregunta, ¿no deberíamos sentirnos profundamente humillados por mostrar muy poco lo que el Señor recomienda?

Sin embargo, si no hemos sido capaces de protegernos de las influencias perniciosas que nos rodean, todavía tenemos un recurso: *Dios sigue estando con nosotros*. Solo él es capaz de protegernos. Confiemos en él, porque no podemos confiar en nosotros mismos, ¿verdad? «Y al que os puede guardar sin caída, y presentaros sin mancha ante él, con gran alegría» (v. 24). ¿No es maravilloso que esta Epístola, que pinta un cuadro del irresistible desarrollo del mal en los últimos días, nos muestre también la posibilidad de ser guardados *contra todo tropiezo*, en un camino sembrado de obstáculos y trampas? Nos alienta la certeza de que Dios es capaz de realizar perfectamente lo que nosotros somos incapaces de hacer, y de colocarnos, por la eternidad, irreprochables ante su gloria, con abundante gozo. ¡Qué alentadoras son estas palabras! Cuán precioso es que se nos dirijan para el tiempo presente, y no para un tiempo en que todo estaba relativamente en orden. Qué bueno es poder decirnos: el poder de Dios no ha cambiado, no se deja modificar por las circunstancias, y se glorifica tanto más cuando se despliega en un tiempo de desolación y ruina moral. Cuanto más crece la apostasía, más necesario es que no tengamos confianza en nosotros mismos, sino que nos apoyemos en aquel que quiere guardarnos e introducirnos en el goce eterno de su gloria.

«Al único Dios, nuestro Salvador, mediante Jesucristo nuestro Señor, ¡sea gloria, majestad, dominio y autoridad, desde antes de todo siglo, ahora y por todos los siglos! Amén» (v. 25). No encontrará una Epístola en el Nuevo Testamento donde la alabanza al Dios Salvador se desborde tan ricamente como en esta Epístola de Judas. No solo nuestra conducta puede glorificar a Dios en estos tiempos difíciles, sino que apreciaremos aún más su gloria cuando nos encontremos en circunstancias más difíciles. El mero hecho de que retengamos firme el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y no lo neguemos, cuando es atacado por todas partes, nos capacita para comprender y celebrar esa gloria, y nos da un anticipo de la gran reunión celestial, cuando en torno al trono se pronuncien palabras como estas: «Digno eres tú, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder» (Apoc. 4:11). «¡El Cordero que fue sacrificado es digno de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y el honor, la gloria y la bendición!» (5:12). «: ¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el dominio, por los siglos de los siglos!... Amén» (5:13-14).

Queridos hermanos y hermanas, quiera Dios que nos tomemos a pecho estas cosas, que no nos engañemos sobre el carácter de los días que vivimos y que escuchemos las exhortaciones de esta Epístola.

De este modo, en lugar de mostrar una indiferencia culpable ante el mal, o de desanimarnos, caminaremos de fuerza en fuerza, teniendo con nosotros el poder de Dios, listo para guiarnos, sostenernos y evitar que caigamos, hasta la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo. Amén.